

GUIRNALDAS DE AMOR

POR EL AUTOR DE

LUZ EN EL SENDERO

Y

EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

Traducido del inglés por

Carmen Mateos de Maynadé

M. S. T.



BIBLIOTECA ORIENTALISTA

R. MAYNADÉ

Princesa, 14 - Barcelona (España)

1911

«Aquel que al fin siendo
joven permanece donde-
quiera coronado, con se-
rena faz.»

El Vaso de Vida.

DANTE NORSETTI.

GUIRNALDAS DE AMOR



I

El Misterio de la acción del Amor

La corona del espíritu cuando se ha purificado del todo, se ha hecho inmortal, y se ha desprendido de todas sus vestiduras, es una Guirnalda de Amor. Despojarse de las vestiduras, es librarse del cambio llamado nacimiento y muerte, y mientras el espíritu está sujeto á

tales cambios, no puede ser coronado. Pero durante el proceso, la guirnalda se prepara y se forma; porque el espíritu no puede entrar en la compañía de los inmortales sin corona, ni pasar á aquel estado hasta que las flores hayan crecido, y se hayan abierto en la desplegada forma de completa y perfecta amistad.

El perfeccionamiento implica purificación, y á menudo, una parte de este proceso es el extremo sufrimiento. De aquello que los hombres llaman amor, y que es la semilla de la cual la flor surge, brotan centenares, en el curso de las encarna-

ciones. De entre estas semillas, el poder del hado selecciona las más fuertes, á fin de que surjan triunfantes por encima del resto, y sigan creciendo después que las otras se hayan marchitado y hayan sido, desde mucho tiempo, olvidadas.

Pero estas semillas no alcanzan la plenitud de su crecimiento hasta que el espíritu llega á ser inmortal; lo que significa que ya no está sujeto á tiempo ni espacio, ó á encarnar de nuevo, sino que puede permanecer en su propia envoltura espiritual, que le servirá por una eternidad de energía y de poder.

Este es el traje nupcial, porque los dos han llegado á ser uno. Y los dos son sólo uno, cuando la tarea ha concluído, cuando la necesidad de peregrinar en el polvo de los diferentes senderos de la tierra ha terminado. Mientras dura el camino, cantan pájaros en lo alto saltando de rama en rama; brotan arroyos de entre las rocas, y aparecen lagos en la árida y seca tierra. Estas cosas hacen soportable la peregrinación, y á menudo deleitan tanto, que el goce borra el dolor del movimiento incesante; pero no altera el carácter de peregrinación. No es posible

estar parado: las pausas son peligrosas, porque se puede resbalar hacia atrás inconscientemente. El alma se busca á sí misma, cuando busca el contacto permanente que constituye la vida real, y si este contacto fuese alcanzable durante las encarnaciones, entonces la marcha de la raza, desde los abismos donde ha nacido hasta la luz plena de infinita conciencia quedaría detenida.

Por esto es que las almas más avanzadas encuentran á aquellas otras que son su complemento tan sólo durante un breve espacio en una encarnación, el tiempo preciso

para despertarlas al hecho de que alcanzar un gran futuro depende ante todo del continuo esfuerzo y del progreso sin tregua.

Tan pronto como se dan cuenta de esto, viene la separación. Sabiéndolo, el miedo se apodera de las almas superiores, al advenimiento del gran amor, porque saben que debe seguirle el dolor producido por el golpe de la Divina espada. Esta espada de Dios hace tan sólo bien, y la vida de las almas humanas no puede ser templada por ningún otro poder que por el del Dios del aeón que guía á los hombres hacia el Portal.

Por lo tanto, los sabios aceptan como bien venida la tristeza así como el goce, pues saben que una y otro son toques del guía indicándoles el sendero. Todas las almas que sufren y alcanzan la inmortalidad, llevan al festín del matrimonio sus flores para la corona y sus propios materiales para el traje nupcial. De aquí que la perfecta amistad de los amigos, y el sublime amor nacido del encuentro con el amigo, quedan bien definidos en cada vida.

Esta última amistad no se convierte en una flor para la guirnalda. El ser perfecto é inmortal,

que es coronado y vestido con el traje nupcial, se convierte en un ser de un círculo más glorioso, elevado á aquel estado por sublime simpatía, del mismo modo que las estrellas permanecen en sus puestos en el espacio por atracción. Así pues, los inmortales entran en escena para representar el gran drama que es el fin y el objeto de la peregrinación, y cada uno toma su posición adecuada. El amor les trae aquí, y nada más podría traerlos. El amor es el poder más elevado con el que la parte más superior del hombre esta en contacto. Sabemos

que hay elevadas potestades que regulan y dirigen el amor, aunque en su estado normal el hombre imagine que el amor es quien regula y dirige. El hombre no tiene poder para guiarlo y dirigirlo, y es con respecto al mismo, como el alambre á la corriente eléctrica, y si el amor penetra en él, le invade y le supe- dita.

Los que han alcanzado la visión psíquica, saben que hay seres que tienen el poder de dirigir la corriente y emplear el alambre.

El hombre que es empleado como alambre, nace de nuevo, en cierto

modo, y el fin se cumple así parcialmente, y parcialmente también por el despertamiento de aquel otro ser hacia el cual la corriente de su amor se dirige.

El misterio de la acción del amor se explica, en cierto modo, por el hecho siguiente:

A veces el amor se actualiza porque el objeto es digno de ser amado; esta es una causa entre muchas, y sólo sucede cuando el objeto amado pertenece á una esfera superior, ó es más elevado que el amador. Por medio de un amor semejante, el amador se eleva y es así guiado en

su sendero. En la mayor parte de los casos, la causa y la razón del hecho son del todo independientes del carácter del amado, excepto que la falta de virtud, y de fuerza moral, ó un carácter positivamente malo, puedan hacer el amor humano absolutamente esencial para sus progresos y ventajas; entonces, los poderes que guían y conducen á la humanidad, dirigen la corriente hacia él, del mismo modo que un jardinero expondría á los rayos del sol una planta enfermiza. El amor es la electricidad que, no tan sólo hace crecer, sino que da vida, y en

el terreno estéril de un corazón tenebroso penetra como los rayos del sol en la húmeda tierra, produciendo plantas por doquiera. La vida espiritual del hombre mientras está en el cuerpo, corresponde á su vida física y el rocío es necesario para que el plantel se produzca en su naturaleza, lo mismo que para el plantel de la tierra donde habita. Este rocío es un don mayor y más maravilloso que los rayos del sol ó la corriente de amor, porque surge de la naturaleza compleja del propio ser y atmósfera del hombre, lo mismo que surge de la naturaleza

compleja de las substancias y atmósfera de la tierra. Del manantial del propio corazón del hombre brota el rocío necesario para su crecimiento, y por el dolor y la pena, la privación, los celos y los desengaños, el corazón se acostumbra á producir la savia, y el ser humano se ablanda y se hace plástico y capaz de crecer. La flor de la amistad es una parte esencial del crecimiento, y necesita savia.



II

Martirio de Amor

Es literalmente un martirio, no el resultado del amor no satisfecho ó no correspondido, sino el abrasar, consumir y destruir el aspecto material del amor. De sus fúnebres cenizas surge el amor espiritual que puede llegar á formar parte de la guirnalda. El esfuerzo y la angustia de la vida mortal son un continuo

fuego, una continua hoguera en que se purifica el alma y sus aspectos. Si sus amores no son de naturaleza espiritual, se consumen totalmente en esta crucifixión. El cansancio de los anhelos exhaustos, y el hastío, son una parte esencial del martirio. Los amores vanos que carecen de esencia espiritual, se desvanecen enteramente con la piedra de toque de la experiencia. Se desvanecen como las gotas de rocío bajo los rayos del sol, y el suelo queda seco y estéril, sin que lo rieguen las lágrimas del alma, porque tales pérdidas no causan hondo pesar.

Desilusión y sensación de fatiga es todo lo que dejan, y con el tiempo, y á veces en la misma encarnación pueden ser, y son á menudo olvidados por completo. Pero el nacimiento de un gran amor es el nacimiento de algo inmortal, que aunque brota de nuevo en cada vida, viene de aquel pasado que es tan misterioso como el futuro.



III

La Primera Vestidura

Tan pronto como nacemos, comenzamos á morir. Así, lo que llamamos nacimiento y muerte en este plano de vida son de hecho lo mismo: son el principio y el fin del mismo acontecimiento. Este acontecimiento es tan sólo una parte de la peregrinación. El peregrino es aquel que trabaja para convertirse

en un inmortal purificado y coronado, apto para figurar al lado de los dioses, evolucionado por el fuego creador en la inmensidad de aquel pasado que regula las fuerzas elementales de su presente edad, y le preserva de los peligros de su sendero. Mientras está envuelto en la primera vestidura, que le hace humano, es incapaz de ver su sendero, ó de oír la voz de los que están cerca de él, ó de sentir contactos divinos.

Encadenado y velado por la forma humana, se mueve con dificultad en su estrecho camino, y si acepta la dirección de los dioses que velan

por él, se mantendrá firme, aunque á veces con amargo dolor, avanzando así hacia la liberación. Si se rebela contra el poder que le impele, caerá una y otra vez en los abismos que se abren á cada lado, y entonces los dioses le volverán atrás y le harán subir de nuevo sin fijarse en lo agudo que pueda ser el sufrimiento que su salvación le cause.

El fuego creador que formó estos poderes en el pasado, empleó el dolor como el mejor instrumento para cincelar su sublime carácter, y ellos están convencidos de su gran valor y lo emplean sin titubear

cuando la necesidad se presenta. El dolor va siempre unido al hombre, y es una fuerza puesta en acción á cada instante; su primera vestidura se hace sensible al mismo en todos grados y sentidos. Cuando el espíritu abandona la envoltura de que se reviste al entrar en la vida terrena, abandona con ella el dolor. El poder está allí, tan fuerte como antes, pero inactivo en el espíritu desencarnado. El completo abandono de la primera vestidura no puede efectuarse hasta que el espíritu tiene preparada su corona de gloria, y está pronto á trascender la necesidad

de reencarnar. Los intervalos entre las encarnaciones se asemejan al sueño consciente; los hilos del pasado tejen los patrones del futuro, en el pavoroso telar del hado, y la sensibilidad de los cuerpos desechados produce la sensibilidad de los cuerpos que han de venir. Así es que, aunque el alma esté desencarnada durante estos períodos, y en su libertad no sienta la limitación y el dolor, mantiene, sin embargo, los hilos de relación entre el pasado y el futuro, y sabe lo que dejó atrás, así como vislumbra lo que ha de venir. Por lo tanto, no ocurre una

verdadera desencarnación hasta el término de la peregrinación y el abandono definitivo de la primera vestidura. Entonces no queda ya ningún lazo con la tierra ó con cualquiera otro estado material; ahora lo que llamamos hombre está muy por debajo de aquel lugar donde estará el espíritu perfecto espléndidamente adornado con la guirnalda elaborada con sus experiencias materiales, del mismo modo que las flores se forman bajo el sol de la tierra.

Al principio de las encarnaciones, cuando el espíritu se revistió con la

envoltura física, no tomaba parte en el dolor. El placer gobernaba y frecuentemente dominaba enteras y sucesivas vidas.

Esto fué hecho por dictamen de los dioses, que sabían que á menos que el espíritu entrase voluntariamente en el sendero, nunca llegaría al fin. Por esta razón, el dolor toca tan sólo ligeramente al espíritu, hasta que la medida del placer está llena y ya no le es suficiente. El dolor comienza al principio como una cosa que puede esquivarse y ser evitada. Pero á medida que las encarnaciones avanzan y el espíritu

evoluciona, sus vestiduras son más delicadas y más sensibles; el placer se convierte en éxtasis, tan intenso es cuando se experimenta; el dolor no falta nunca.

Nunca puede faltar, porque la evolución y el crecimiento dan conciencia al espíritu de sus limitaciones y trabas; el poder y la vitalidad de un cuerpo joven que parecen prestar libertad al espíritu que se ha revestido de nuevo con él, se considera como un impedimento y un obstáculo á medida que el período de reencarnaciones avanza.

Aunque estas ligaduras sean nue-

vas, y opriman nuevos lugares que no habían experimentado el dolor, ni engañan, ni mantienen confiado al consciente y desarrollado espíritu nacido en un cuerpo nuevo. Sabiendo con certeza que está prisionero, emprende gozoso la tarea de llevar á cabo una nueva etapa hacia la liberación mientras viva en aquel cuerpo, y este regocijo en el esfuerzo toma apariencias de placer, y engaña á los observadores superficiales. Grandes masas de hombres están inexorablemente colocados en condiciones de dolor, y sufren juntos hambre y peste, ó los horrores

de la guerra, porque sus almas han alcanzado la condición en que el sufrimiento es esencial. En los últimos días de la vida de la tierra, las almas que forman parte de la misma sufrirán mayormente, y, en algunos casos individuales, el dolor será más agudo. Con la evolución de la tierra, evolucionan las almas que pertenecen á ella, y muchas son impelidas á diferentes estados de crecimiento que les repugnan por la angustia del dolor físico y mental. La mayor cruz de todas, la soportan las almas mayores que guían á la raza, la cruz de contem-

plar las congojas del nacimiento espiritual de los seres que les rodean, y percibir la angustia por la que la inmortalidad se alcanza. Pero aunque anhelan la liberación como no la desearía un prisionero para escapar de su celda, caminan lentamente y fijan su atención profunda en cada nueva etapa del camino, sin apresurarse para abandonar la primera vestidura.

Saben ellos que ni la más mínima experiencia puede eludirse ó considerarse á la ligera, y que la perfección no puede realizarse más que por un perfecto crecimiento.

Al principio de las encarnaciones, la primera vestidura expresa la forma del espíritu que la produce; pero más tarde se convierte en un poder creador, porque ha alcanzado la capacidad de acción. La naturaleza física, que fué llamada á la existencia por un alma que debía encarnar, alcanza un poder tal, sobre las siguientes encarnaciones, que es á veces extraordinariamente acrecentado, y los dioses son incapaces de detener al alma en su descenso á la materia. La naturaleza física del hombre ocupa entonces una posición semejante á la de una máquina cons-

truida por un hombre incapaz de dominarla y guiarla cuando la va á emplear.

Esta posibilidad es el primer peligro en que tropieza al asumir el vestido de piel, hecho de un material semejante al de la tierra.

Si el espíritu sucumbe al principio terreno en que se ha construido una morada temporal, se encuentra en la misma posición que un jinete cuyo caballo le gobierna y le arrastra á su propia destrucción. El misterio de esta destrucción es tan grande y tan ininteligible para la mente humana, como el misterio de la

coronada inmortalidad, que es la recompensa de los que la han conquistado. La cualidad de la vestidura en que el espíritu se ha envuelto con objeto de adquirir experiencia, es la que hace que estos misterios sean tan inexplicables mientras es hombre. Es una cosa semejante á uno que se venda los ojos con el fin de ganar un premio. Una vez el premio ganado ó perdido, se quita la venda, pues ya no hay ninguna razón para permanecer vendado.

El alma que pierde, ve el premio en el momento final de su hundi-

miento en la materia, y el conocimiento así adquirido, convierte la destrucción en renacimiento. Aquellos son precipitados de nuevo en las tinieblas del exterior, y tienen la certeza de que es meritorio volver á principiar por segunda vez la peregrinación. En algunos casos, el poder de los placeres materiales es tan grande, que el espíritu cae una y otra vez cuando hace la primera tentativa para hallar el camino á través de las experiencias físicas.

Nosotros sabemos, sin embargo, que hay otros caminos; los ángeles y arcángeles alcanzan los estados de

paz y de poder en el corazón del fuego creador, por muchas otras vías. El sendero de la conciencia humana, con una fuerza opuesta que le ata y le sujeta como á una bestia fiera, es el sendero trazado para los que no son capaces de hollar otros senderos más puros en los que la evolución es tan sólo una dificultad. La separación de los senderos tuvo lugar en una época de nuestra historia espiritual tan remota, que nuestra conciencia humana la ignora, y su causa es demasiado profunda y espiritual para que esta misma mente fuese capaz de comprenderla

si se le manifestara. Al investirse con la primera vestidura, toda posibilidad de comprender queda velada para el hombre hasta que llega al fin del sendero, ha abandonado todas las vestiduras y recobrado todos los conocimientos.

La primera vestidura es la forma física externa, con sus pasiones y tendencias y su vida animal. Investirse con ella, se asemeja á entrar en una vasija elaborada por un artífice, la que podéis modelar lentamente cuando la poseéis.

El alfarero formó la vasija y la creó según su divina intención; un

ser inmortal debe ocuparla, uno para quien ella es un instrumento adecuado para la experiencia, y viene á ser el vestido en que debe aprender á vivir y trabajar de tal manera, que pueda llegar un día á sobreponérsele y dejarlo. Debe alcanzar un poder tal, que pueda prescindir de ella. Este hecho no puede llevarse á cabo sin muchas tentativas, y por esto el espíritu del hombre está dotado con la capacidad necesaria para cambios de estado frecuentes, permaneciendo desencarnado á intervalos determinados. Cada nuevo cuerpo en que el alma

reencarna, es en todos sentidos y condiciones lo mismo que el anterior; aunque sea una vasija construída de nuevo, tiene la poderosa semejanza de un origen común; es una de las innumerables formas construídas según el modelo original que dió el artífice, con manos, pies, corazón, pulmones, cerebro y sentidos, y toda la vida pasional inherente á estas cosas, que confunden, tientan y engañan al espíritu. Mientras el peregrino está todavía en el principio del sendero, imagina que tan sólo está revestido con la vestidura externa, y que su única

tarea es vencerla. Pero cuando ha emprendido esta labor, y es capaz de dominarla en vez de ser dominado por ella, descubre entonces que aquélla es solamente la primera vestidura, y que debe llegar á ser dueño de sí mismo en otros planos además del físico. El artífice manipuló muchas substancias, algunas de ellas más permanentes que la materia física; y el hombre es un ser compuesto de varias formas que viven y se mueven una dentro de otra, animadas por la criatura inmortal á quien encubren y ocultan.

Esta criatura ha de aprender á

dominar las formas externas en que habita, como un carretero domina los caballos; sus poderes deben luchar para ser dueños del poder inherente á cada forma externa. Cuando el espíritu ha sido empujado por su cuerpo físico de uno á otro lado, en el plano de la vida material; cuando ha experimentado el placer de los sentidos y se ha regocijado en ellos, y cuando ha aprendido la lección de que tales sensaciones son transitorias, entonces manifestará su propio poder, del mismo modo que lo manifiesta la mano del carretero, y reinará en el cuerpo físico

y lo impelerá hacia las sensaciones más permanentes y valiosas. El cuerpo físico se sentirá dominado desde el primer momento, aunque sea incapaz de darse cuenta del objeto á que está destinado. Los ojos del cuerpo que debe desintegrarse, no pueden percibir el esplendor de aquel mundo donde va el hombre cuando muere; mas el ojo de su cuerpo interno lo alcanza, y su destello es el que ven por un instante con temor y maravilla los que permanecen al lado de los moribundos en su postrer momento. Por algún tiempo, la primera vestidura queda

abandonada y el espíritu queda temporalmente libre, y entra en un período de gran actividad y goza en la segunda vestidura antes que á su vez la abandone.



IV

La Segunda Vestidura

Cuando un campo de batalla está cubierto con los cuerpos de los combatientes, lo está también por un conjunto de seres que flotan sobre los cuerpos que han abandonado. Están absortos en el goce de su nueva condición y contentos por la facilidad con que pueden moverse en su segunda vestidura cuando ya

no están envueltos en la primera. Gradualmente, se van cada uno á su propio lugar, guiados por la criatura inmortal que está en ellos. Desde lo más recóndito del ser, este fragmento eterno conoce los lugares en que sus formas externas deben morar, de acuerdo con las leyes de su evolución y desarrollo. El dirige la segunda vestidura con relativa facilidad, porque ya la empleó como medio de comunicación con la primera durante la encarnación. La mano del espíritu se cubrió con la mano de esta segunda vestidura, antes de revestirla con la mano de

carne y de sangre; de modo que si el espíritu durante la encarnación ha subyugado la carne, ha gobernado al mismo tiempo al alma. Pero cuando el alma se da cuenta de su nueva libertad, empieza la lucha para alcanzar el poder, y el primer período del intervalo entre dos encarnaciones se emplea frecuentemente en este esfuerzo. El desastre que sigue á las conquistas del alma en este sentido es mucho mayor que el que amenaza las conquistas del cuerpo físico, y los abismos en que el alma puede arrastrar al espíritu, son mucho más profundos que los

del plano físico. La ambición es el pecado más temible en que puede incurrir el alma humana y pasarán legiones de almas desde un campo de batalla tan lleno de perspectivas para la distinción personal y la conquista, que tan sólo numerosas encarnaciones de éxito en la guerra ó en las empresas bastaran á satisfacerlas. Olvidan el amor, el único poder peculiar del espíritu humano, y ciegos, se arrojan al abismo desafiando todos los esfuerzos del conductor.

Pero en el campo de batalla, lo mismo que en todos los lugares de

muerte, hay algunas almas que cuando sacuden los grillos de su primera vestidura, lo olvidan todo menos el puro amor y amistad que ha embellecido la encarnación por que acaban de pasar.

Tan sólo el amor espiritual é inmortal tiene el poder de afectar al alma libertada del hombre. Los amores de naturaleza física quedan abandonados con aquella vestidura, como lo son el hambre y la sed y la sensación de frío ó de calor. En aquel momento, los amores purificados pueden madurar y colmarse; entonces los amantes pueden unirse

internamente ante la vida del espíritu mismo. Si el alma humana es capaz de amar, vive en el amor cuando abandona la vestidura física. Los dioses desean que ame mucho, porque ésta es su mejor condición y su mejor medio de crecimiento. Si el hombre llegó en la pasada encarnación al estado en que el amor puede ser su guía, y la corriente le ha sido dirigida, sus poderes son inmensamente acrecentados cuando se libra del cuerpo. Los que dirigieron la corriente, son ahora capaces de intensificarla. La semilla sembrada en la tierra, brota llena

de vigor y fuerza. Nadie debería lamentarse cuando los amantes no pueden unirse sobre la tierra, ó cuando la vida de uno de ellos es cortada tempranamente, ó cuando el amor no puede ser satisfecho. Los que tal hacen, son tan ignorantes como los que miran la muerte como un infortunio. La semilla del amor tan sólo puede sembrarse mientras el espíritu está envuelto en la primera vestidura; pero no puede expansionarse y vivir en el plano físico. El florecimiento y fructificación del amor y amistad tienen lugar en el mundo etéreo, donde el

espíritu vive en su segunda vestidura y tiene poderes y capacidades que están latentes mientras emplea la primera. El amante y amigo que llega al mundo etéreo, busca á su amado, y dondequiera que esté, tiene el poder de encontrarle. Si el alma ha amado durante varias encarnaciones, y ha reunido varias flores de amor, todos los que se han amado se buscan al abandonar el cuerpo, y entran juntos en un período de intensa y gloriosa actividad, edificando el palacio de amor que pertenece á la humana raza, forjando lazos de amor que no pueden que-

brantarse, embelleciendo el mundo de las almas humanas, y ayudando á los dioses en su tarea. La segunda vestidura, la forma etérea, posee divinos dotes y poderes, y la reunión de los que se aman en el plano etéreo, ayuda la evolución del hombre como ninguna otra cosa podría hacerlo.

La espiritualización de un amor terreno, por medio del sufrimiento y la separación, es una gran labor de la que están encargados los guías de la humanidad, con el objeto de que el amor se desarrolle y surja en el mundo etéreo con una activi-

dad semejante á la que tenía en la tierra. Cuando los amantes son separados por la muerte de uno, mientras el otro aun queda en la tierra, la semilla que permanece en el corazón de este último puede espiritualizarse y llegar á ser capaz de vivir en el mundo etéreo. El alma que ya está allí, sostiene firmemente al que se quedó, y por el poder del lazo de amor la levanta del plano físico. Por este medio, los amantes y amigos llegan á igualarse, y á ser capaces de estar juntos y trabajar unidos en el mundo etéreo.

El corazón que ha enviudado y desfallece en la soledad, en el mundo físico, es tan sólo la cáscara en que la preciosa semilla está oculta; durante el sueño consciente, el alma sabe que no hay separación posible entre los amantes espirituales. El amor ha de ser purificado, su contenedor debe desintegrarse, y entonces el amor se manifiesta en su gloriosa realidad, como un gran poder, como un hecho sublime, como una inmortal flor de vida. Los poderes y facultades de la segunda vestidura exceden de tal modo á los de la primera, que no

puede darse de esta vida descripción alguna que la entienda el cerebro físico, y únicamente la concibe el alma todavía encarnada durante la temporánea libertad del sueño consciente.

Cuando el hombre ha alcanzado un estado de amor espiritual capaz de responder á la corriente de amor cuando le es dirigida, y de sembrar una tal semilla de amistad en su terrena experiencia y convertirla en una flor en el mundo etéreo, ha llegado casi á alcanzar el estado de los dioses.

Los hombres más avanzados de

la raza emplean á menudo palabras que ya no tienen significado para ellos. La palabra Sacrificio es una de ellas. Estos seres siguen el sendero del Budha y del Cristo, que descendieron entre los hombres para salvarles, y les permiten hablar del sacrificio que hicieron.

El hombre que ama, mientras está en el mundo etéreo se prepara, en unión con sus amados, á vivir una vida de amor en la tierra. Vuelve de aquellos mundos donde aprendió á establecer la paz, á formar sociedades de almas y guiar el carácter de los hombres entre

los que deberá nacer; vuelve lleno de ardor y de deseos de ayudar y salvar, armado de poder contra las fuerzas opuestas y lleno de amor hacia sus semejantes.

Sabe que sus amigos, aquellos que son las flores unidas á él, que han de formar parte de su corona en el fin de sus encarnaciones, aunque no le encuentren en la vida física le estrecharán las manos desde cualquier lugar donde se hallen y le sostendrán en el sendero. Todos se apoyan mutuamente, todos están sólidamente unidos durante la peregrinación. Así sucede que todos los

que atraen á sus semejantes para que formen su corona en un lejano futuro, florecen ellos mismos en la corona de aquellos que florecieron para él. Los inmortales que hayan trepado hasta el fin del sendero, formarán un perfecto edificio, piedra sobre piedra, sólidamente unidas entre sí.

Cuando la vida del planeta en que la experiencia terrena de la humanidad tiene lugar toque á su fin, el sufrimiento humano se intensificará y llegará á ser intolerable. Esto no puede evitarse.

Los amantes que están ahora te-

jiendo juntos su guirnalda, en los intervalos entre las encarnaciones se preparan para ser los instrumentos que emplearán los dioses para el aceleramiento del desarrollo de la raza. Nadie puede quedar rezagado: cuando el fin se acerque, los hermanos mayores que aprendieron á unirse, impelidos por el poder del amor, juntarán sus manos para sacar á los que quedaron atrás de los abismos en que cayeron. Deben ser sacados de allí y puestos de nuevo en el sendero, y esto tan sólo puede hacerse por medio del dolor y las experiencias más intensas y amar-

gas. Las almas unidas por el amor, por medio del que el odio y el mal fueron vencidos, los que han pasado períodos de realización y felicidad intensas en aquel mundo que fué morada de la raza antes de su caída en la materia, vuelven al plano físico dispuestos á colocar á sus hermanos más atrasados en tales condiciones de dolor que les conduzcan á su salvación.

Según ellos se acercan á la tierra y empiezan á revestirse con el doble del cuerpo físico, llamado por algunas escuelas cuerpo astral, recobran el poder de influir á la humanidad.

Se reunen en el umbral de la vida física y obligan á las almas á reen-
carnar en cuerpos que les causarán
dolor, y las impelen para que entren
en vidas de penalidad y sufrimiento.
Empujan hacia atrás á los suicidas
que quieren substraerse á la orda-
lia (1), hacia los mismos cuerpos que
intentaron abandonar, ó les hacen
tomar nuevos cuerpos de niño. Es-
tos hermanos mayores son menos
suaves y misericordiosos que los

(1) La ordalia, ó las ordalias, son las
pruebas ardientes que pasa el discípulo, en
las que abrasa y consume el resto de los
vicios y defectos terrenos ó «las escorias del
corazón.»—*N. del T.*

dioses, porque se avergüenzan por la
raza de que ellos forman parte, así
como desean ayudarla. En aquellos
momentos habrán almas sobre la
tierra, que no dominarán aún el
cuerpo material, que serán todavía
empujadas por él de uno á otro lado
en los campos de experiencia física,
y habrán sido gobernados por él á
través de los siglos desde el princi-
pio del mundo.

Las almas amantes que tienen
preparada la guirnalda, saben que
estos seres negligentes son un te-
rrible riesgo para toda la raza, y
aunque serán muchos, habrán or-

ganizadas escuelas de sufrimientos especiales para ellos, en las que aprenderán á surgir de los estados inferiores en que se hallen detenidos.

Las almas amantes, llenas de gloria y de goce inefable, abandonan su maravillosa morada que está en el alma del mundo, y vierten sobre sus hermanos aflicciones profundas, é inflexiblemente les guían hacia senderos llenos de espinas y de pedernales. Y cuando el hombre en su agonía mira al fin por encima del cuerpo físico en el que ciegamente persistió en vivir, aunque

todavía tenga los pesados pies sumergidos en la nada, encuentra estas almas amantes que le ayudan, le confortan, le estrechan contra sus corazones llenos de amor, y le guían para que alcance estados á los que de otro modo jamás hubiera podido llegar.

Tal es la tarea de aquellos que empezaron á reunir las flores de la guirnalda, y que vuelven todavía á ponerse la primera y segunda vestiduras y á tomar parte en el común esfuerzo de la raza.



V

La Tercera Vestidura

Una aparición de fuego y de luz, que no tiene nada de terreno ni en su naturaleza ni en su modo de ser, lo que los hombres llaman espíritu puro, el *numa* de San Pablo, es todavía una vestidura, un instrumento, una tenue envoltura, que participa de la doble constitución de la primera y segunda vestiduras. Mientras el ser inmortal permanece en

ella, está velado por este brillante y casi transparente ropaje, pues todavía forma parte de la humanidad y no ha sido coronado.

Durante el tiempo que el ser altamente desarrollado sigue el curso de sus encarnaciones, pasa más largos intervalos en la condición de espíritu puro, ejercitando los poderes y funciones de la tercera vestidura, morando en un mundo donde el poder es siempre benéfico, donde el amor es la atmósfera de vida, el único aire que puede respirarse. Los que vuelven de aquella lejana región á compartir otra vez los em-

peños de la raza, vienen tan sólo á curar, á calmar y á confortar. Son incapaces de causar dolor. Su contacto es tan sólo perceptible á las almas purificadas que tienen conciencia del estado espiritual.

El círculo de amor que mantiene la cohesión de la guirnalda, es ya perfecto en estos espíritus; la corona está hecha, pero no pueden todavía ceñírsela, porque el ser inmortal no está aún libre y sin velo. No ha llegado todavía á la purificación absoluta y á la absoluta inmortalidad que dan derecho á vivir para siempre en el amor. Aún está vela-

do por una vestidura, aunque sea una llama luminosa; el último velo aún existe, y la divina mariposa no se ha libertado todavía. El lazo con la tierra aún permanece y hace que el espíritu retroceda á la región del dolor, donde los seres encarnan. Estos miembros espirituales de la raza humana, rara vez se revisten con la primera vestidura; cuando encarnan ocupan la posición de los grandes instructores que vienen de cuando en cuando á levantar el estandarte del pensamiento y de la sabiduría en el mundo.

Cuando expira el intervalo en que

moran en aquellas lejanas regiones, vuelven al umbral del mundo físico y actúan en él por métodos conocidos tan sólo de ellos mismos. Frecuentemente se revisten con la segunda vestidura y trabajan en el mundo etéreo. Aquellos cuyas amistades han florecido, forman estuendas asociaciones aparte del mundo físico, que guían, conducen y guardan á la raza.

Ellos no pueden tocar al hombre físico ó llamarle de un modo directo, porque éste no sabe que existen; pero son los guías espirituales de aquellos en quienes el poder del

amor nació en el plano etéreo, y encarnaron de nuevo en la primera vestidura. Cuando estos hombres se libran de ella en el sueño ó en el éxtasis, penetran en las escuelas de amor, en los laboratorios para investigar y en los talleres de construcción, y los miembros espirituales de la raza, que no se revisten ya con la primera vestidura, se encargan de ellos en el mundo etéreo durante sus períodos de servicio en la tierra. Su tarea es apacentar á las ovejas y alimentar á los corderos y la efectúan entre la gloria y la belleza de aquel mundo.

La multitud de almas cuyos cuerpos yacen durmiendo durante las horas de tinieblas físicas, son los corderos que ellos buscan y tan sólo ellos saben cuantos son los que acuden á su llamamiento y entran en su grey.



VI

La Realización

Toda la raza está indisolublemente unida; su destino es el mismo. La realización no puede ser un hecho para ningún espíritu humano, mientras no lo sea para el conjunto. Por esto la labor y el esfuerzo son más arduos para los que permanecen en la radiante tercera vestidura que para los que están más

atrasados en el sendero á quienes ellos ayudan.

Estos seres sufren y se esfuerzan para todos, permanecen sin corona y vuelven al palenque de la vida humana á tomar parte en el apasionado esfuerzo de realzar á la raza. Aunque el hombre físico no lo sepa ni advierta su contacto, tienen el poder de influir en el ambiente de los que están cerca de ellos. Están con el asesino cuando comete el crimen que le separa de sus semejantes, y le ayudan incesantemente, porque saben que ningún hombre puede ser desterrado para siempre,

y que en una ú otra época alcanzará la perfección. Ellos atraen hacia sí á aquellos en quienes comenzó á palpar el amor y son aptos para ser guiados, y estimulan el aceleramiento de su redención, y se esfuerzan para ayudarles una encarnación tras otra.

Las almas poseídas por la ambición, la pasión más peligrosa á que el hombre puede sujetarse, no quedan nunca sin amparo, las ayudan sus hermanos espirituales. Los zapedores de la raza, aquellos que han penetrado ya en la más elevada región del reino espiritual, y han

rasgado del todo el último velo que les separaba de la condición divina, estos seres purificados, de inefable belleza, están relacionados con el criminal por lazos de parentesco, y trabajan incesantemente por él. Ellos permanecen cerca del hombre cuya ambición le convirtió en un monstruo hasta el punto de iniciarse desastrosas guerras por su causa y sumir naciones en la desesperación. Los terribles resultados de tales actos son los instrumentos con que se causa sufrimiento á las multitudes de seres á quienes el sufrimiento es necesario; y mientras los dio-

ses y los que les ayudan se ocupan en emplear las fuerzas puestas en acción con este fin, por tales actos, los seres espirituales que forman parte de la humanidad, buscan incesantemente una coyuntura para iluminar al hombre. A menudo encuentran que su naturaleza es sensible á la corriente de amor, y aquellos que sean capaces de sufrir por causa de este sentimiento, verán fundir en el crisol el crecimiento peligroso de la ambición. El amor se purificará y florecerá á su debido tiempo en el mundo etéreo, y el hombre que fué un gran criminal

en una encarnación, puede así, con la ayuda de sus hermanos espirituales, entrar en la próxima vida física, como un amante, y puede llegar á poseer la primera flor de su guirnalda.

Todos se esfuerzan con este objeto y empujan al hombre hacia adelante y le ayudan á subir los peldaños del sendero que parece tan escarpado; porque la perfección no puede demorarse.

Como sabemos, llegará una época en que el nacimiento de la raza será un hecho, en que el conjunto de la creación se libertará de su

condición presente. La humanidad abandonará la última vestidura, y rasgando el único velo de luz que la separa de lo divino, emergerá como un perfecto conjunto. Entonces cada ser será el amado y el amador unidos en uno solo, los dos serán uno, adornado con el traje nupcial. Entonces las flores de amor alcanzarán su completo desarrollo y se convertirán en cosas divinas. Cada ser perfecto será un centro de amor, glorioso y coronado por los rayos de otros corazones amantes que brillarán con esplendor inimaginable á su alrededor, formando la

única corona digna de ceñir la frente del hombre cuando llega á igualarse á los dioses; y cada destello de su voluntad, enviado con energía por su corazón amante, resplandecerá en las guirnaldas de aquellos á quienes ame.

Entonces el firmamento desaparecerá y la tierra dejará de existir, y el hombre no necesitará luces artificiales, ni la luz del sol.



VII

La Visión

Desde el primer hombre hasta el último pueden contemplar la visión si quieren.

Las vestiduras la ocultan á su vista porque sus ojos perciben tan sólo lo que hay en el plano de acción para el que han sido expresamente formados. Pero la criatura inmortal que reside en el velo más interno, no está jamás privada de relación

con el Supremo. No puede estarlo porque ella misma forma parte del Supremo.

La divina esencia crea formas transitorias por medio de las que cada diminuta porción de sí misma alcanza la individualidad, que es lo que la Deidad requiere de ella. Esto implica un cambio en la naturaleza de la esencia divina, que es un sagrado misterio que no puede tocar nuestra inteligencia. Nosotros sabemos tan sólo que no podemos separarnos de nuestro Padre. Y siempre, aun cuando la primera vestidura sea del tipo más primitivo

é imperfecto, é incapaz de responder á las influencias superiores, si el hombre dirige su mirada hacia ellas, puede alcanzar la visión de lo eterno.

Y siempre la tenue y apacible voz le hablará cuando la escuche: la voz del Dios del conjunto que habla al dios de la parte. El ser consciente menos desarrollado, el mayor criminal que existe, tiene alguna vez la facultad de ponerse en contacto con la Deidad y con todas las partes del gran conjunto si quiere ejercitarse en ello.

Las flores de la guirnalda de

Amor vienen de la eternidad, así como entran de nuevo en ella. Las semillas que se convierten en plantas capaces de florecer en el plano etéreo, fueron sembradas en un pasado que está oculto á nuestra vista. El extraño carácter familiar, común á todas las grandes cosas, es la prueba inherente de su naturaleza eterna. Siempre las supimos en el pasado, y por lo tanto, siempre las sabremos en el futuro.

Lo mismo que sucede con las grandes verdades, sucede con los grandes amores. Ellos son nuestros, ellos son nosotros mismos, y cuando

los encontramos, les reconocemos.

La raza ha dado un gran salto hacia lo alto; tan sólo los zapadores ven el término. Esto significa un gran acrecentamiento de dolor en todos sentidos. Ha llegado la hora de unir firmemente nuestras manos y no soltarlas; ha llegado la hora de formar lazos indisolubles, y cada uno debe ayudar al otro á surgir de los abismos y escalar las alturas: los que vayan á la vanguardia que arrastren con ellos á los rezagados, y así alcanzaremos aquel fin que es el principio.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
1.—El misterio de la acción del Amor	7
2.—Martirio de Amor	21
3.—La primera Vestidura	25
4.—La segunda Vestidura	49
5.—La tercera Vestidura	71
6.—La Perfección.	79
7.—La Visión	87

